

*A propósito — de Derrida**

«Heidegger y los nazis». O bien: «El pensar heideggeriano y el nacional-socialismo alemán». E incluso: «Heidegger, o el nazismo». Estos han sido, para muchos y desde hace ya mucho tiempo, aunque quizá hoy con más fuerza que nunca, los epígrafes apropiados para una cuestión avasalladora y urgente; odre nuevo en el que nuestra época bebe, y bebe bajo una de sus formas más inquietantes, el ya —y nunca— viejo vino de la pregunta por la responsabilidad política del filósofo. Ninguno de ellos, sin embargo, ha podido servir de leña a la oblicua intervención en el debate de alguien que, como Jacques Derrida, por tantas y por tan justificadas razones parecía llamado a injertar su escritura, como quizá ningún otro en Francia, en el proscenio de esta polémica¹. Y su elección, en este sentido, no puede menos de resultar significativa, toda vez que la dimensión que en su múltiple acuñar el suelo natal heideggeriano (temas de la manualidad y de la diferencia sexual, temas de la animalidad y la determinación epocal) se reserva a este aspecto de lo «político» viene a ser cobijada bajo un rótulo ambiguo, provocador: «Heidegger y el espíritu». Rótulo que acaso resulte insólito, o intempestivo, pero que para el autor de *Glas* parece concitar no pocos hilos oscuros, y a la vez iluminadores, de esta aventura intelectual y política a la que nos referimos. Esta nota no tiene otra meta que indicar, siquiera sea someramente, cuál es el sentido de esa apuesta interpretativa, y cuáles las preguntas que, a mi entender, dicha apuesta interpretativa podría llegar a suscitar.

Una lectura apresurada del texto heideggeriano, comienza por recordarnos Derrida, podría llevar a la conclusión de que «espíritu», muy

* Este texto se reproduce aquí con la amable autorización de la revista *Grial*, que lo publicó por vez primera en lengua gallega.

¹ Jacques DERRIDA: *De l'esprit. Heidegger et la question*. Galilée, París, 1987. Collection «La philosophie en effet».

precisamente hecho resonar aquí en la palabra alemana *Geist*, no pertenece al elenco habitual de las grandes palabras heideggerianas. Más aún: desde el horizonte abierto por *Sein Und Zeit*, y también desde el abierto por textos muy posteriores, más bien hay motivo para sospechar que *Geist*, o al menos el *Geist* tal y como es interpretado por la tradición platónico-cristiana, por la tradición metafísica u onto-teológica, es mercado por Heidegger con el signo de aquello que decididamente hay que evitar, en cuanto que perteneciente a la tradición subjetivista, cartesiana, que justamente se trata de superar y destruir. Sospecha dotada de aparente buen sentido, frente a la cual, sin embargo, Derrida levanta otras de carácter radicalmente diverso y aún opuesto: una interpretación según la cual la obra heideggeriana estaría imantada, de principio a fin, por esta nota precisamente discreta de lo espiritual en torno a la cual Heidegger entablará un obsesivo diálogo con Hölderlin y con Trakl, sus maestros de visión. Porque lo cierto es que esa constante atención discreta, sí, diríamos hasta secreta, que el Heidegger de Derrida presta al *Geist*, aflora, irrumpe violentamente en el texto que ya desde antiguo ha constituido la pieza principal de convicción en el proceso incoado contra Heidegger y, por ende, el más a tener en cuenta cuando de tal proceso se trata: el «Discurso del Rectorado», el discurso que lleva por título *La autoafirmación de la universidad alemana*²; y aflora, sostiene nuestro autor, hasta el punto de que «cada palabra del título... está atravesada, traspasada, iluminada, determinada (*bestimmt*), quiero decir a la vez definida y destinada, llamada por el espíritu»³. El texto habla entonces, innegablemente, una lengua cuyo tono y cuyo énfasis, cuyo vocabulario incluso, recuerda sin paliativos las más siniestras proclamas del nazismo coetáneo. Pero es la constante adjetivación de esos términos, hace observar Derrida, en el sentido de que el «pueblo» (*Volk*), el «mundo» (*Welt*), la «guía» (*Führung*) que se mencionan siempre son «espirituales», lo que da el sello característico y totalmente peculiar al «Discurso», y lo que permite entenderlo como el documento de la actitud heideggeriana más propia ante los hechos de aquel tiempo: celebrar el espíritu, sin comillas de ningún tipo que enmarquen la palabra, sería, así, el esfuerzo de un pensador por «espiritualizar» el nacional-socialismo (p. 64), esfuerzo encarnado en un programa que, al versar sobre el espíritu, versa en todo caso sobre la libertad de o del espíritu (p. 70).

De ese espíritu, cuyo ser Heidegger no habría dejado, a partir de 1933, de interrogar (p. 131), se dice: que es lo que une —otro nombre del Uno

² Texto del que contamos con una excelente traducción al castellano. Vid.: MARTIN HEIDEGGER: *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del «Spiegel»*. Estudio preliminar, traducción y notas de Ramón Rodríguez. Tecnos, Madrid, 1989.

³ «Chaque mot du titre, *die Selbstbehauptung der deutschen Universität*, est traversé, transi, éclairé, déterminé (*bestimmt*), je veux dire à la fois défini et destiné, appelé par l'esprit». (J. DERRIDA: *Op. cit.*, p. 55).

y de la reunión—; y que es eso mismo que salva (pp. 24 y 26). Pero insistamos en ello: de ese «espíritu» también se dice, ahora negativamente, que no es *pneuma* ni *spiritus*; no es pues soplo ni viento, ni respiración ni inspiración ni suspiro. Pese al privilegio del griego, pese a la siempre oscura relación que el pensar según Heidegger mantenga, o no, con el hebreo, para Derrida resulta claro que, una vez más, sólo el alemán puede decir, a la escucha de Trakl (p. 156), ese núcleo semántico del «espíritu» que es exactamente la condición de posibilidad de esas otras determinaciones del espíritu a que arriba aludimos, así como la condición incuestionada de posibilidad del propio cuestionar (p. 26). Ahora bien; en alemán, y ya como solución, *Geist* no significa otra cosa que: fuego, llama, conflagración (p. 131). Y de ese fuego capaz de inflamar el Mal será, además, una posibilidad interna, el producto de una íntima auto-división o auto-relación que el espíritu sostiene consigo mismo sin por eso perder nada de su unidad (pp. 171 y 175).

Espíritu flameante, supuestamente «anterior» a y «más originario» que el espíritu griego o latino, espíritu hölderliniano fundador de la historia, para cuya más apropiada comprensión parece exigirse un pesar más originario del tiempo; espíritu que así dibujado como fuego hace —para Derrida, y sin duda para quienquiera que se asome a la tradición o tradiciones judías— que el intérprete se interrogue, como ya antes tuvimos ocasión de insinuar, por la relación que el triángulo *pneuma-spiritus-Geist* (o griego-latín-alemán) guarde con la concepción hebraica de estas cosas... todas estas fórmulas ¿señalarán acaso el momento y el modo en que alguien teóricamente llamado a ser funcionario de la razón, notario del conocimiento, abandona esa misión e inicia la celebración de lo «irracional» —signifique eso lo que signifique—, la celebración del amor sobre el *Logos*, del ardor sobre el concepto? Quizá sí, y por el contexto en que todo ello se emitió el oído contemporáneo tiende aquí a escuchar con prevención y con desagrado, si no con declarado horror. Pero este reflejo nuestro nada tiene de necesario; y si es cierto que Eckhart fue, para Heidegger, maestro de vida y de lectura, cierto es también que cuando aquél anota que «*omenm cogitationem sive meditationem semper consequitur amor et ipsa cogitatio sive meditatio spirat ignem amoris*» (el amor sigue siempre a todo pensamiento o meditación, y el mismo pensamiento o meditación exhala el fuego del amor) ese «fuego» que aquí se inscribe sobre la página, entrelazándose con el pensar y con el meditar, tiene de «espiritual» cuanto le falta de nacional-socialista. Bien es verdad que el maestro Eckhart inserta esta frase al hilo del Evangelio de Juan; y que no pocas veces, en la historia, apelar al espíritu ha llevado consigo, junto a la posibilidad y la emergencia de novedades, todo el peligro de aquello que se auto-declara irrestringible e irrestricto. Así lo sintieron los prudentes adversarios de Joaquín de Fiore y todos los que han preferido el canon a la profecía, el compromiso racional a la fuerza impositiva de una voluntad más o menos iluminada por el futuro, o por una tercera época, estado

o reino del mundo dispuesto a venir. El espíritu tiene algo de peligroso, en efecto, por lo que tiene de último, y de ultimador. El firmante de esta nota, sin embargo, no puede suscribir en todos sus términos este *cave* racional. Tampoco es que crea, sin más, con el Höderlin de *Patmos* y con Heidegger, que «allí donde está el peligro, crece también lo que salva» (*Wo aber Gefahr ist, wächst Das Rettende auch*). Le parece, de hecho, que hay un gran peligro en la frase, el peligro de lo que no es falso, sino peligroso. No hay empero más que echar una ojeada sobre la herencia intelectual del joaquinismo (y Henri de Lubac ha hecho, como se sabe, magníficamente esa tarea)⁴ para comprobar —y, en consencuencia, poner toda cautela entre paréntesis— cuánta puede llegar a ser la potencia de renovación y apertura de una reflexión que se centre en la incadescencia espiritual.

Entendemos ahora, o así me gustaría que sucediera, algunos de los motivos que han conducido a Derrida a enfocar esta cuestión de la manera que aquí se ha descrito. Entendemos que este pirotécnico (en filosofía ha habido herreros, sastres, químicos... a veces pedagogos y arquitectos), este hombre de letras que ha declarado no hacer nunca juegos de palabras, como aducen sus enemigos, sino fuegos de palabras⁵, ha enfrentado el proceso a Heidegger desde la óptica de aquellos textos en los que el verbo heideggeriano se inflama y chisporrotea peligrosamente —para su autor y para todos, en definitiva—. Por eso su intervención es en gran medida, a su vez, una hoguera, pero una hoguera de palabras, preludio del desierto de ceniza. Y esos fuegos, se nos dice, deben mantener caliente un cierto sentimiento de lo cómico, de lo risible que pese a todo hay —y debe haber— en estas historias de lenguas privilegiadas y escrituras de fuego. «Permanecer sensible a esta comicidad, saber reír aún ante tal o cual maniobra, podría llegar a ser un deber (ético o político, si se quiere) ...»⁶. Y así es en efecto, porque ya el propio título es ambiguo, y se presta a dos lecturas al menos: *De l'esprit*, reza, y por tanto «sobre» o «acerca de» el espíritu, pero también —¿y por qué no?— como el roto fragmento de una expresión más larga, *faire de l'esprit*, que aquí acaso se evoque, y que tomaría *esprit* en ese sentido francés del vocablo que los filósofos alemanes, con Kant a la cabeza, nunca han dejado de diferenciar de su propio

⁴ Vid.: Henri DE LUBAC, S. J.: *La postérité spirituelle de Joachim de Flore*. 2 vols. Editions Lethielleux. Paris, 1979, 1981.

⁵ Vid. en este sentido la entrevista realizada a J. Derrida por L. finas: «Avoir l'oreille de la philosophie», en AA. VV.: *Ecartis. Quatre essais à propos de Jacques Derrida*. Paris, Fayard, 1973. Vid. la traducción de Cristina de Peretti en el Suplementos n.º 13 de la *Revista Anthropos: Jacques Derrida. «¿Cómo no hablar?» y otros textos*. Editorial Anthropos, Barcelona, Marzo 1989, pp. 89-94.

⁶ «Rester sensible à ce comique, savoir rire encore devant telle ou telle manœuvre, cela pourrait devenir un devoir (éthique ou politique, si l'on veut) et une chance, malgré le soupçon que tant de philosophes allemands, de Kant à Heidegger, ont expressément fait peser sur le *Witz*, le *wit* ou l'*sprit* ("français"), la chance de *l'esprit*» (J. DERRIDA: *Op. cit.*, p. 114, nota 1).

y muy distinto *Geist*. Pero ¿sería esto lícito? ¿Se puede *faire de l'esprit*, exhibir la propia agudeza, con la cuestión heideggeriana, que no es sino la cuestión de eso mismo que en otros contextos, en otras tradiciones, se ha llamado el problema de la utopía o el de la encarnación, o el del mejor mundo real de los mundos posibles? ¿O más bien habría que decir que lo frívolo, aquí como siempre, no es el supuesto —y ni siquiera seguro— intento derridiano por mantener el lado cómico del dilema, sino el propio intento heideggeriano por «espiritualizar» el nacional-socialismo, por llegar a controlar él la verdad interna y la grandeza de quien domine en Siracusa? Una pregunta de excesivo tonelaje para poder ser contestada aquí; quizá estén en ella en juego las clases de juego, las clases de fuego, las clases de risa que es oportuno permitirse en un mundo vivaz y terrible. Quede aquí constancia, en todo caso, del interés de un texto imprescindible no sólo para quienes se ocupen del caso Heidegger, sino, con mucha mayor razón, para todo aquel que creo que aún tiene sentido inquirir qué relación existe entre eso que llamamos Occidente y eso que llamamos los filósofos de Occidente, o la filosofía de los mismos.

Jorge PÉREZ DE TUDELA VELASCO